



La Escalera

Lugar de lecturas



ARTO PAASILINNA

Prisioneros en el paraíso




ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Visita al territorio de Paasilinna

1

El avión daba tumbos en la oscuridad. Sobrevolábamos la zona marítima de Melanesia, en aguas del océano Pacífico. Habíamos sobrepasado el paralelo treinta y el Trópico de Cáncer.

En aquel momento, estábamos atravesando el cinturón tropical que rodeaba la Tierra. Pensé que en aquella zona la temperatura no baja de dieciocho grados ni siquiera en los meses más fríos. Hacía tres horas que habíamos despegado del aeropuerto internacional de Tokio.

Soy periodista. Un finlandés normal, un individuo cuya personalidad se caracterizaría por unos rasgos faltos de pretensión: educación mediocre, escasa ambición y una americana ajada. Tengo más de treinta años y soy el convencionalismo andante, cosa que de vez en cuando me irrita.

He escrito una cantidad colosal de artículos para diferentes medios de comunicación, muchos de los cuales han pasado ya al olvido al haber perdido su lozanía. Un artículo de actualidad es como una pista en la nieve: en el mejor de los casos, sólo hacen falta en invierno, la primavera se los lleva y en verano no queda ni rastro de ellos, ya no se necesitan y caen en el olvido.

Sobrevolábamos el Pacífico en un reactor Trident, en medio de una noche tormentosa.

El auxiliar de vuelo, un británico joven y de nariz larga, vino a sentarse a mi lado y comentó con naturalidad lo desagradable del tiempo y del meneo del aparato.

Le di la razón. Con sus incómodas sacudidas, el avión era como una coctelera llena de pasajeros. De vez en cuando, en la lejanía,

un relámpago cruzaba el cielo, aunque no hubiese sabido decir si se trataba de relámpagos normales o de calor.

Me irritaba haber reservado mi plaza para ir a Australia justamente en aquel avión. Recordé que, hacía un par de años, un aparato del mismo tipo había caído cerca de París, y que, según los resultados de la investigación, el accidente pareció deberse a las características del motor. La compañía aérea había declarado algo así como que los estabilizadores horizontales del Trident habían tenido la culpa de la desgracia.

Y daba la impresión de que aquella misma tara afectaba ahora a nuestro aparato.

El auxiliar de vuelo sabía que yo era periodista. Me preguntó si trabajaba para los servicios de información de las Naciones Unidas. Cuando le respondí que no, me dijo que él tampoco y que la organización sólo había alquilado el aparato. El resto de los pasajeros, que en ese momento daban cabezadas en sus asientos, intentando dormir, eran enfermeras, comadronas, médicos y trabajadores forestales al servicio de la organización.

Le pedí al auxiliar que me trajese un vaso de zumo de naranja y él se levantó de su asiento, dispuesto a cumplir mi encargo. Pero en el último segundo cambié de opinión y le rogué que me trajese un whisky en lugar del zumo. Pensándolo bien, era lo mejor que me podía tomar con aquel sube y baja, añadí.

El auxiliar de vuelo sonrió y fue a buscarme la bebida. Al otro lado del pasillo viajaban dos mujeres con pinta de comadronas, las cuales me lanzaron una mirada de reprobación.

El auxiliar se sentó de nuevo a mi lado y durante media hora estuvimos hablando de esto y de lo otro. Daba la impresión de que la tormenta no hacía sino empeorar y el tipo se las vio y se las deseó para poder traerme una segunda copa. Él no tomaba nada. Procedente del asiento de delante, se oía un sonido leve, como de rascado. Al asomarme por entre los respaldos, vi a una rubia jovencita que se estaba limando las uñas. Al darse cuenta de que la

estaba mirando, me guiñó un ojo con simpatía, pero no cruzamos ni una palabra.

El auxiliar de vuelo iba agarrado al respaldo del asiento delantero. El avión se agitaba cada vez más y yo me las veía negras intentando que no se derramara mi whisky.

Mi compañero se volvió hacia mí y me dijo en voz queda, para que los demás pasajeros no pudiesen oírle, que no tenía ni idea de dónde estábamos. Cuando le pregunté estupefacto cómo era posible, me contestó, aún más bajo si cabe, que, según él, el capitán tampoco tenía ni idea de adónde nos dirigíamos.

Añadió que no debería habérmelo contado, pero que, en realidad, eso no cambiaba nada: estábamos perdidos. Le sugerí que tal vez sería mejor hacer partícipe de la situación al resto de los pasajeros. El auxiliar insistió en saber si lo decía en serio, dado que él estaba totalmente de acuerdo. Y dicho esto se levantó y se dirigió hacia la cabina del piloto, dando tumbos por el pasillo.

Al cabo de unos instantes, la voz del comandante informó por los altavoces de que el aparato volaba a unos diez mil metros de altitud en dirección sureste, pero que, lamentándolo mucho, no tenía ni idea de cuál era nuestra posición exacta. La dirección y la altura sí que las tenía claras, especificó.

Continuando con sus explicaciones, el comandante Taylor —así dijo llamarse— nos soltó una perorata con mucho estilo, y vino a decir que no se trataba de que estuviésemos perdidos en el sentido estricto de la palabra, pero que, debido a las excepcionales condiciones meteorológicas, nuestra localización era un tanto ambigua, aunque no había motivo alguno para preocuparse.

Rogó a todos los pasajeros que se abrochasen los cinturones y apagasen sus cigarrillos. Las azafatas procedieron a repartirnos cojines para ponerlos sobre las rodillas. A continuación, hicieron una demostración del funcionamiento de las mascarillas de oxígeno, indicaron la localización de las puertas de emergencia de la cabina y de los chalecos salvavidas. Palpé el mío bajo el asiento y pensé en lo horrible que sería tener que ponérmelo.

Le mencioné al auxiliar de vuelo que ya nos habían dado aquellas instrucciones antes de despegar en Tokio.

—Esto no quiere decir necesariamente que corramos peligro —dijo mi compañero con muy poca convicción. Por su voz comprendí que las cosas empezaban a ser preocupantes.

Me pregunté si llegaría a pisar Australia, donde tenía que realizar un reportaje que llevaba dos años preparando.

Estas reflexiones no duraron mucho. El avión se inclinó de mala manera hacia la izquierda. Yo estaba sentado en el lado derecho del pasillo, junto a la ventanilla. Eché un vistazo por ella, pero sólo vi la oscuridad más absoluta. Mi vaso cayó al suelo sin que el auxiliar se percatara. Rodó tintineando a lo largo del pasillo hasta que acabó por estrellarse contra la puerta de la cabina del piloto y se hizo añicos. «Los trocitos de cristal traen suerte», pensé sin creérmelo mucho.

El avión se bamboleaba de un lado y del otro, y de repente se apagaron las luces. Tuve la impresión de que el motor de mi derecha había dejado de funcionar. No era sólo una impresión...

El Trident empezó a caer en picado hacia el mar.

La voz del comandante volvió a chirriar en los altavoces. Ya no estaba tan tranquilo. Pidió a los pasajeros que se preparasen para la evacuación. En plena noche, en plena tormenta, en medio del océano Pacífico.

Las mujeres empezaron a gritar. Se me taponaron los oídos y los ojos se me anegaron de lágrimas. El avión seguía precipitándose hacia el mar.

Después de un largo descenso, que me pareció eterno, el aparato consiguió enderezarse en una posición más confortable y se oyó de nuevo la voz del comandante, que anunció en la oscuridad: «En este momento volamos muy cerca del mar. El motor derecho ha dejado de funcionar. En breves instantes, procederemos a amerizar».

Exhortó a los pasajeros a mantener la calma y precisó que, con un poco de suerte, podríamos amerizar cerca de una isla. Nos

informó además de que un avión de aquel tipo podía resistir el impacto sin sufrir daños muy graves y que tal vez tendríamos tiempo de abandonar el aparato por las salidas de emergencia antes de que se hundiera.

Me di cuenta de que el aparato inclinado hacia un lado empezaba a describir círculos sobre la superficie del mar y deduje que tal vez nuestro maravilloso piloto estuviese buscando un lugar apropiado, una playa lo bastante larga para realizar un aterrizaje de emergencia.

Las luces de la cabina se encendieron. Las azafatas se levantaron de inmediato y comenzaron a repartir chalecos salvavidas. Maldije a los idiotas que los habían diseñado, porque con las prisas las cintas se enredaban e iba a ser un milagro que todos consiguiéramos ponérselos.

Las luces se volvieron a apagar. En el lado izquierdo del avión se iluminó un cono de luz brillante, las luces de aterrizaje, probablemente.

De repente, fue como si el aparato hubiese chocado contra un muro. Todos nos estampamos de cabeza contra los respaldos de los asientos de delante, la sangre salpicó los cojines y las luces se apagaron definitivamente. El ala que se veía por mi ventanilla osciló y acabó por desgajarse, arrastrando con ella un trozo del fuselaje. En la oscuridad pude distinguir unas llamaradas, que sin embargo pronto desaparecieron.

Pueden imaginarse el caos que reinaba en el avión. Creí que habíamos chocado contra la ladera de un volcán melanesio, hasta que comprendí que simplemente habíamos amerizado. El agua es dura como la piedra cuando uno cae muy rápido o desde gran altura, y nosotros habíamos cometido ambos errores.

Pero lo que me extrañó nada más chocar contra el mar fue que éste no estuviese tan agitado como yo esperaba; las olas apenas alcanzaban un metro de altura. Más tarde comprendí la razón: el Trident se había precipitado en el interior de una barrera de coral.

A tientas, los pasajeros abrieron las puertas de emergencia y empezaron a saltar al mar. Noté que tenía los pies mojados, así que decidí imitarlos y me lancé al agua por el agujero del fuselaje donde había estado el ala del avión antes de desprenderse de cuajo. Como el chaleco salvavidas me mantenía en la superficie sin problemas, me quedé flotando heroicamente en las inmediaciones del agujero, dando consejos a voz en grito a los que todavía se encontraban dentro del aparato. Curiosamente el avión no parecía tener intención de hundirse en las profundidades, y la gente seguía saltando por la abertura del fuselaje.

Alguien había conseguido lanzar al mar una balsa salvavidas, en cuyos costados brillaban lucecitas. Poco a poco todos se iban acercando a ella chapoteando entre el oleaje y se asían a las sogas que la rodeaban.

Tonto de mí, en lugar de ponerme a salvo como hacían mis compañeros seguí nadando junto a la abertura del avión. Y, seguramente bajo los efectos de una conmoción cerebral, cometí una imprudencia aún más grave: me acerqué al agujero y me puse a gritar hacia el interior, sin prestar atención al hecho de que, en su voracidad, el mar había empezado a fluir a velocidad creciente hacia las profundidades del aparato. La enorme carcasa no dejaba de agitarse entre el oleaje y las olas me estamparon con tal fuerza contra su flanco, que varias de mis costillas consideraron pertinente romperse.

Ya no quedaba nadie dentro, así que mi demostración de heroísmo resultó encima innecesaria.

Finalmente, el avión comenzó a hundirse con gran rapidez, y fue entonces cuando me di cuenta de que tenía que salir huyendo a toda velocidad. A duras penas conseguí alejarme del gigante antes de que se hundiera. Su grandiosa carcasa me succionó y por unos segundos me arrastró bajo el agua, pero afortunadamente el chaleco me devolvió a la superficie.

La buena suerte o, mejor dicho, el hábil amerizaje del piloto británico me había salvado. Luego el mar hizo el resto, llevándome

hasta la playa, donde conseguí salir del agua arrastrándome, no sin antes golpearme las rodillas repetidamente. Caí desplomado cuanto largo era y me quedé allí, durmiendo por fin la mona que me había acompañado durante todo el vuelo de Tokio.

2

El agua me despertó lamiéndome los pies: tras el amerizaje forzoso de la noche anterior, me arrastré hasta la playa, donde me quedé dormido. Puede decirse que mi aspecto era deplorable: la arena húmeda y caliente se me había introducido en la ropa e incluso en los calcetines; el cinturón me apretaba y tenía el pecho dolorido.

Alzándome con gran esfuerzo, me despojé de las sandalias y escurrí los calcetines.

Al palparme el pecho, llegué a la conclusión de que por lo menos dos costillas se me habían soltado del esternón.

La arena estaba mojada. Mi reloj se había parado. A unos veinte metros se levantaba la espesa pared de una selva. Mi cartera seguía en su sitio, pero el contenido estaba empapado. El sol lanzaba sus ardientes rayos en una dirección que me resultaba extraña: de arriba abajo, casi en vertical. En el norte, las pocas veces que brilla, el sol apenas se alza sobre el horizonte, pero donde me encontraba ahora el sol brillaba efectivamente desde lo alto, muy por encima de mi cabeza. Aquello no debería sorprenderme desmesuradamente, pero por alguna razón me impresionó.

Estaba solo en la playa. Me aflojé la corbata, echada a perder por culpa de la arena y del agua salada; por un momento dudé si arrojarla o no a las verdes olas, pero finalmente decidí guardármela en el bolsillo. Uno nunca sabe lo que puede llegar a necesitar en una isla desierta.

El lugar en el que me encontraba era una especie de ensenada: el mar espumeaba sobre la barrera de coral y al mirar a ambos

lados vi los dos promontorios que delimitaban la playa; un cinturón de arena rodeaba el mar y tras él, como una pared, se alzaba la selva, cuyos árboles más altos se curvaban sobre la arena, igual que en la foto del mes de junio de un calendario Pirelli.

Estaba claro que había ido a parar a la zona cálida del Pacífico.

Aún llevaba puesto el chaleco salvavidas, completamente rebozado de arena mojada. Decidí quitármelo, porque me estaba haciendo sudar. Recordé lo complicado que me había resultado ponérmelo en el avión, pero despojarme de él fue aún más difícil. Las hebillas se habían atascado con la arena y las cintas de tela habían encogido tanto al permanecer en el agua, que me habían hecho rozaduras por todo el cuerpo. Un dolor punzante me atravesó el pecho al intentar liberarme del chaleco. Me sentía como un niño luchando con los cordones enredados de sus botas de esquí.

Al fin conseguí desembarazarme de él, aunque me había quedado casi sin resuello. Me apetecía un cigarrillo, pero la cajetilla se me había deshecho en el bolsillo y las cerillas, al mojarse, también habían perdido su utilidad. Tenía sed.

Eché a andar despacito a lo largo de la playa, hacia la derecha, es decir hacia el oeste, a juzgar por la posición del sol. Dejé atrás la ensenada y tras ella apareció otra, exactamente igual. Y tras ésta se abrió una tercera, y otra más... No había ni rastro de ninguno de los otros pasajeros del Trident. En la arena de la playa lamida por el mar no se veía huella alguna. Continué mi camino bajo el sol abrasador. En una mano llevaba las sandalias sujetas por las correas; en la otra, el chaleco salvavidas, cuyas cintas iban dejando huellas en la arena, como si un ratón caminase a mi lado.

Sin duda debía de tener un aspecto penoso caminando de aquella manera, cubierto de arena, devorado por el hambre y la sed y encima sin tabaco. Pensé que todo aquello estaba a años luz del romanticismo que suele caracterizar a una isla desierta. Por suerte tampoco tenía testigos que se compadeciesen de mí.

Tuve tiempo de reflexionar sobre muchas cosas mientras vagaba por la playa. Maldita sea, pensé, un viaje tan maravilloso, meses y

meses ahorrando, años de preparación, y todo se había ido al carajo. Pensé en mi familia, allá en Finlandia. Allí debía de ser de noche, así que, en cuanto amaneciese, iban a enterarse de que un avión fletado por las Naciones Unidas, en el cual viajaban unos cincuenta pasajeros entre enfermeras, médicos, trabajadores forestales y un periodista, se había precipitado al mar en algún lugar de la Melanesia. Supuse que se quedarían profundamente afligidos por aquel golpe de la fatalidad que me habría arrancado de ellos.

Pero ¿realmente me llorarían tanto? Traté de convencerme de que, después de todo, en Finlandia yo era un individuo más bien desagradable. Tal vez mi familia y demás allegados acogiesen la noticia con un suspiro de alivio. Cambiando de registro, me puse a saborear con deleite la desesperación de los míos: su llanto, el dolor, sus consternadas palabras e hipótesis sobre mi destino... ¿Y qué dirían los periódicos sobre mi desaparición? Mientras saboreaba aquellos pensamientos tan agradables, me di cuenta de que había llegado a otra ensenada.

Y allí tampoco había ni un alma.

Empezaba a sentir el cansancio. Anduve hasta el límite de la selva y me senté, pero me mojé el trasero y me levanté en el acto. Tuve que buscar un buen rato hasta encontrar un sitio medianamente seco. Maldije para mí aquel terreno: al menos en los bosques del norte había montículos, pero aquí sólo había hoyos y agua.

Sí..., agua, precisamente. Entre las raíces de los árboles se formaban oquedades, y en éstas, efectivamente, había agua... Cogí un poco en el hueco de las manos, y cuando me disponía a beber el líquido más bien tibio, me detuvo la idea de que tal vez estaba contaminado. ¿Cómo podía saber si era potable? Aquel territorio estaba lleno de sorpresas. Incluso recordé haber leído en alguna parte que, en el ecuador, el agua era extremadamente tóxica. Dejé que el líquido se escurriera entre mis dedos y contemplé mis palmas mojadas. Tenía la garganta seca; mi piel brillaba húmeda al sol.

Pensé en lamerme las manos, pero no sabía si atreverme. Me parecía un gesto temerario.

De repente mi cobardía empezó a parecerme divertida y, dejando a un lado mis reparos, me lamí las manos.

No pasó nada. Volví a mojármelas metiéndolas en la oquedad, me las lamí de nuevo y los síntomas de envenenamiento siguieron sin hacer acto de presencia. Repetí la operación varias veces. Todo parecía ir bien.

Finalmente, animado por la experiencia, me llevé el líquido a la boca, con la avidez de un caballo de las estepas. El agua estaba tibia, pero no era salada ni parecía contener ninguna sustancia con un efecto mortal inmediato.

Una vez saciada mi sed, volví a sentir unas ganas enormes de fumar. Me palpé los bolsillos del pantalón y comprendí lo que sentían los presos cuando se veían privados del tabaco.

Poniéndome en pie, empecé a azotar con rabia los árboles, arbustos y lianas que había a mi alrededor con el chaleco salvavidas. Mi ataque de ira tuvo dos consecuencias inmediatas: el agua que me cayó de las copas de los árboles y algo frío y pesado que aterrizó en mi nuca; lo primero que pensé fue en una serpiente fría y viscosa.

Ni en sueños habría acertado más: cuando por fin conseguí despegármelo de la nuca, vi que se trataba realmente de una serpiente, un bicho verde y sibilante, de cabeza diminuta, que intentaba librarse de mis aterrorizadas garras. Lo lancé lo más lejos que pude y en un par de zancadas me planté de nuevo en la playa, donde me detuve, aterrorizado. Tenía la impresión de que aquel bicho repugnante podía seguirme hasta allí.

Naturalmente, no le dio por perseguirme. Pero a partir de aquel instante la selva me inspiró aún más terror.

Reanudé mi camino a lo largo de los arenales, con el chaleco salvavidas al hombro y un hambre miserable y perruna.

Caminé durante todo el día sin que nadie me viniese a preguntar adónde me dirigía.

Al caer la noche me senté en la arena, sumido en la tristeza. Quité el cristal a mi reloj de pulsera con el filo del cortaúñas, vacié el agua y soplé sobre el mecanismo, que se puso en funcionamiento. Volví a colocarle el cristal y moví las agujas hasta que éstas señalaron las cinco. Le di cuerda y allí mismo me eché a dormir. La arena caliente y húmeda me pareció comodísima después de una caminata tan larga.

Así fue mi primer día tras el amerizaje de emergencia. No me pareció que fuese como para tirar cohetes.

3

Al día siguiente me desperté en un estado lamentable: con el descanso, mi hambre no había hecho sino aumentar y de nuevo me asaltaban las ganas de fumar. Pero, bueno, al menos me atrevía a beber agua, así que la sed no me incordiaba tanto.

Me dije que el día anterior debía de haber caminado en la dirección equivocada, porque no me había encontrado con nadie, de modo que decidí volver por donde había venido.

Caminar por las playas desiertas resultaba una tarea ardua y monótona. La única compañía humana que encontré fueron las huellas que había dejado el día anterior. El océano se agitaba blanco y majestuoso, pero estaba demasiado cansado para disfrutar de su contemplación. La húmeda selva tampoco invitaba a explorarla.

Llegó la noche y me volví a dormir sobre la arena. Al tercer día conseguí llegar a la primera ensenada, a la que el mar me había arrojado la noche del accidente. Seguí caminando en dirección al este.

Como todo buen nórdico, estoy acostumbrado a moverme por tierras inhóspitas. Hubiera jurado que, para un caminante experimentado como yo, la marcha por una playa tropical sería un auténtico placer. Pero, desgraciadamente, la cosa no era así: me fatigué demasiado, debilitado por el hambre, y no avanzaba con el vigor ni la velocidad necesarios. Aun así, proseguí mi camino y, una tras otra, nuevas lagunas se fueron abriendo ante mí.

Una profunda amargura me invadía cada vez que pensaba en los ingenieros ingleses que habían diseñado el avión. ¿Cómo se les

había ocurrido construir un aparato que no era capaz de resistir una buena tormenta? También pensaba en los dioses melanesios... Quizá los espíritus de aquella cultura milenaria habían sido los artífices del accidente. A lo mejor algún dios de la India, de Borneo o de Nueva Zelanda había decidido introducir algunos cambios en la monótona vida del océano, y nuestra desgracia debía de resultarles sumamente divertida a esos espíritus tan raros.

Al tercer día, tras las horas de más calor, fue cuando vi por primera vez señales de presencia humana.

Sobre la arena mojada había un gorrito azul, que las olas habían arrastrado hasta allí. Lo vi ya de lejos, en la playa desierta, y a pesar de lo cansado que estaba, me apresuré a investigar el hallazgo. Lo recogí del suelo y le di vueltas entre las manos. Era una sencilla y diminuta prenda, en cuya parte delantera había bordadas unas alas doradas y las siglas de una compañía aérea británica. La reconocí: pertenecía a una de las azafatas. Aquel hallazgo me llenó de regocijo. Pero ¿y si aquel gorrito era lo único que quedaba de la pobre azafata? No quería ni pensar que su dueña hubiese ido a parar al fondo del mar.

Me metí el gorro en un bolsillo y continué mi camino. A unos cientos de metros, me encontré con unas huellas de pasos. Eran tan pequeñas que enseguida deduje que se trataba de una mujer. Ésta parecía haber salido del mar llevando zapatos de tacón, pero pronto se los había quitado y había continuado descalza. Siguiendo las huellas un trecho, observé que también se había despojado de los panties y los había tirado lejos, en dirección a la selva.

Me los embuté en el bolsillo para que hicieran compañía al gorrito y me apresuré a seguir las huellas de la mujer. Fue como si hubiese recibido nuevas fuerzas de allá arriba, porque de repente apenas si sentí el cansancio.

Era ya por la tarde cuando encontré a la mujer.

Recordando que una de las azafatas era morena y la otra rubia, me había preguntado de cuál de las dos serían las huellas. Vi que se trataba de la morena y me dirigí hacia ella a la carrera.

La pobre estaba agotada. Yacía boca arriba en la playa, con el cabello lleno de arena y el rostro vuelto hacia la selva. El oleaje le mojaba rítmicamente el trasero, pero a ella no parecía importarle. Estaba mucho más débil que yo.

Me presenté. La mujer volvió la cabeza y me sonrió débilmente. Luego me pidió con un hilo de voz:

—¿Puede darme un poco de agua?

La arrastré hasta la orilla de la selva y, cogiendo agua en el hueco de mis manos, se las acerqué a los labios. La mujer bebió con avidez y pareció espabilarse un tanto. Se incorporó, se atusó el pelo y sonriéndome dijo:

—Me llamo Cathy McGreen.

Yo no sabía qué hacer. No tenía nada que darle, con lo cansada que estaba..., o sí, algo tenía: me saqué del bolsillo el gorrito y se lo ofrecí. La muchacha se sorprendió al verlo, pero no me dijo nada: lo estiró un poco y se lo puso.

Entonces saqué los panties e hice ademán de dárselos, pero inmediatamente me sentí como un idiota, me los volví a guardar en el bolsillo y me puse en pie. No comprendía muy bien qué había hecho mal, pero estaba seguro de haberme comportado como un estúpido. Contemplé el mar mientras toqueteaba azorado los panties dentro de mi bolsillo.

La mujer supo aplacar mi malestar. Con una amplia sonrisa me dijo que, ya que tenía bolsillos, le parecía muy bien y me agradecía mucho que fuese tan amable de guardarle las medias.

Propuse que nos pusiéramos en camino. Le conté que había llegado bastante lejos explorando en dirección oeste y que por allí no había visto a nadie.

Ayudé a la muchacha a ponerse en pie y echamos a andar. Aunque estaba exhausta, todavía parecían quedarle fuerzas para caminar. Avanzamos por el arenal durante varias horas, penosamente. Yo le llevaba el chaleco salvavidas y de vez en cuando le traía agua en el hueco de las manos. No hablamos

mucho. La mujer se apoyaba en mí para caminar y así, poco a poco, fuimos avanzando.

Se hizo de noche y nos tumbamos en la arena. El cielo tropical brillaba con miles de estrellas, pero no fuimos capaces de admirarlo mucho rato y, muertos de cansancio, nos quedamos dormidos. A la mañana siguiente, reanudamos nuestra penosa marcha.

Nos encontrábamos al borde de la extenuación cuando, de repente, dimos con nuestros compañeros. Eran muchos. Nos dieron agua y alguien me metió algo en la boca, tal vez unas galletas. Nos instalaron para dormir, y, antes de caer rendido, noté que alguien me quitaba los pantalones.

Al caer la tarde nos despertaron y volvieron a darnos de comer. Al parecer, éramos los últimos supervivientes del avión.

4

La mañana siguiente no fue menos lastimosa: el hambre nos seguía royendo por dentro. Sin embargo, nuestra situación había mejorado visiblemente, ya que habíamos conseguido reunirnos con los otros pasajeros del avión.

Éramos en total cuarenta y ocho: veintiséis mujeres y veintidós hombres. Me contaron que dos de los pasajeros habían muerto durante el accidente: una enfermera sueca, que había sido devorada por un tiburón, y un trabajador forestal finlandés, que no había logrado sobrevivir a las heridas sufridas. A ambos los habían enterrado en la playa.

No teníamos apenas comida. Ni cigarrillos. Íbamos a buscar agua y bebíamos con aire reflexivo.

Los únicos bienes que poseíamos eran los chalecos salvavidas, los cuales yacían en pequeños montones sobre la arena, como dispuestos para la venta.

Por el momento no había habido iniciativa alguna de organización y las ideas llovían de todos lados, pero lo único que tenían en común era su propósito de solucionar la inquietante falta de alimentos. Habían pasado ya varios días desde el accidente, durante los cuales el grupo se había visto obligado a apañárselas a base de frutas raras y de las raciones de emergencia de la balsa salvavidas. Quedaba tan sólo una cantidad insignificante de provisiones y las perspectivas no eran muy gratificantes.

Cuando pregunté dónde estaban los restos del avión, decenas de bocas me contestaron a la vez que en el fondo del mar, cerca de los arrecifes, y que el lugar estaba infestado de tiburones. Les dije

que una posibilidad era remar hasta allí en la balsa y ver si buceando se podía rescatar algo de comida. Añadí que sería raro que los tiburones continuasen en las inmediaciones del avión después de tantos días.

Pero ¿cómo íbamos a llegar hasta allí si no teníamos remos?

Aquello se convirtió en un coro de lamentaciones. Cuando el médico finlandés del grupo, un tal Vanninen, propuso por fin que eligiésemos a dos o tres miembros del grupo como portavoces, le apoyé inmediatamente. Decidimos elegir una junta directiva.

Los dos primeros elegidos fueron el doctor Vanninen y una comadrona finlandesa de pelo moreno, que parecía rondar los cincuenta. Y yo fui el tercero.

Los tres nos retiramos al amparo de los árboles para estudiar la situación. A la comadrona se le ocurrió que podíamos formar una expedición de unas diez personas para adentrarnos en la selva en busca de comida. Vanninen y yo la miramos con aprobación. La exhortamos a que eligiese para su grupo a alguien que supiese orientarse, quizá el copiloto.

La comadrona partió hacia la selva con diez mujeres y hombres a su cargo, y para abrirse camino en la vegetación se llevaron el hacha de la balsa salvavidas.

Vanninen, al igual que yo, pensaba que había que intentar llegar hasta la carcasa del avión.

—Tiene que haber paquetes de comida y muchas cosas más que de seguro nos serían útiles: material médico, las herramientas de los leñadores, así como varias toneladas de leche en polvo; aunque, por otra parte, quizá el agua salada las haya echado a perder.

Por lo que Vanninen recordaba, el pecio debía de hallarse bastante cerca de la playa, entre ésta y los arrecifes de coral, tal vez a dos o tres kilómetros de nosotros. A la mañana siguiente del accidente, habían divisado aletas de tiburones dando vueltas en aquellos parajes.

Decidimos intentarlo, a pesar de la amenaza que suponían los tiburones. Pero antes de nada teníamos que fabricar un par de remos y una espadilla que hiciese las veces de timón. Como la única hacha que teníamos se la habían llevado los de la expedición dirigida por la comadrona, tuvimos que esperar a que regresaran.

Unas horas más tarde, La comadrona y sus acompañantes volvieron de la selva con un aspecto terrible, tristes y con los rostros sudorosos y cansados. No habían encontrado mucha comida: unos cuantos cocos, un puñado de raíces y una serpiente de color verde a la que le habían aplastado la cabeza con un pedrusco. Venían con la ropa hecha jirones y con la piel en carne viva por los arañazos de las ramas. Dos de los trabajadores forestales, que formaban parte del grupo, declararon desconsolados que, por lo que a ellos respectaba, semejantes excursiones eran del todo inútiles y que no valían la pena visto el resultado.

Asamos la serpiente en la hoguera, rompimos los cocos en pedazos y roímos las raíces tal cual. Comimos todos en silencio y sin el más mínimo entusiasmo.

Terminado el almuerzo, Vanninen y yo nos fuimos con unos cuantos hombres más a la selva en busca de alguna madera que nos sirviese para hacer los remos.

Seguimos la senda abierta a hachazos por la expedición anterior hasta internarnos en la espesura. Estaba bastante oscuro. Había muchos pájaros de vivos colores revoloteando de rama en rama y su alboroto acompañaba nuestra marcha. Como a medio kilómetro, vimos un grupo de monos. Llevados por la curiosidad, se habían reunido para contemplar nuestro penoso avance, y el escándalo que hacían resonaba por encima de nuestras cabezas. Algunos de ellos incluso se pusieron a romper ramas con la intención de azotarnos con ellas. Desde luego, el recibimiento no pudo ser más hostil.

—¡Ay, si tuviésemos un par de escopetas! —rugió Lakkonen, uno de los leñadores, mientras miraba a los monos que chillaban provocadores sobre su cabeza.

Los árboles, que me parecieron mangles, resultaron ser tan duros, aparte de grandes, que nuestra pequeña hacha poco pudo hacer: cuando golpeábamos un tronco el resultado era de chiste.

Nos sentamos a descansar un rato y Lakkonen se puso a hablarnos de un primo suyo que se había traído un mono a Kuusamo. El primo en cuestión era jefe de máquinas de un petrolero y tuvo que dejar su trabajo por culpa de un accidente que lo había dejado medio lisiado. Ya en Kuusamo, el primo le había enseñado al mono a imitarlo.

—Comía a la mesa con él, con cuchillo y tenedor, y cuando mi primo iba a acostarse, el mono hacía lo mismo. Mi primo le había hecho una cama aprovechando la vieja cuna de nuestra Alma, y el mono se tumbaba allí como si fuera una persona. Mi primo decía que le iba a comprar una silla de ruedas para que lo acompañase, pero no le dio tiempo, porque al bicho lo atropelló el camión de Volotinen. Mi primo lo metió en un ataúd auténtico que medía noventa y cinco centímetros, pero no le permitieron enterrarlo en el cementerio, a pesar de que estaba dispuesto a pagar la plaza entera. Entonces se me ocurrió lo de publicar una esquila en el periódico, y así lo hicimos. Ahora no me acuerdo de los versos que escribieron, pero más de veinte personas acudieron al funeral, pensando que el difunto era una persona y no un mono.

Tras vagar un buen rato, nos topamos con una palmera, sin frutos eso sí, en la que nuestra hacha sí pareció hacer mella. Conseguimos talarla, aunque tardamos más de una hora porque su tronco era muy grueso. La partimos en tres trozos y con ellos emprendimos el camino de regreso a la playa, lo que nos costó una hora o más.

Fue una experiencia agotadora. Vanninen dijo que, después de semejante esfuerzo, no sería extraño que a una persona acostumbrada solamente al trabajo intelectual le diese un infarto. Y cuando lo decía me miraba como esperando que me diese una embolia y me quedase en el sitio.

Pero no ocurrió nada semejante.

Alguien contó que a los tiburones los ahuyentaba el color amarillo. Que si se extendía por el mar, huirían despavoridos. Pero nadie pudo confirmar la autenticidad del dato y aún menos decir de dónde íbamos a sacar tanto color amarillo.

Nos pusimos inmediatamente a fabricar los remos. Era una tarea lenta, así que tuvimos que organizar turnos de trabajo durante toda la noche. Además del hacha, en la balsa salvavidas había un sólido cuchillo que nos vino de perlas. Fuimos a la selva por leña para el fuego y durante toda la noche no se oyó más que el eco de los golpes del hacha contra la madera.

El espectáculo era magnífico: la noche tropical, la gente despierta alrededor de la hoguera, el cielo constelado de estrellas, los sonidos de la selva... Yo yacía en la arena con un chaleco salvavidas como almohada y se me cerraban los ojos, aunque no me dormí, porque la comadrona vino a avisarme de que era mi turno de trabajo. La seguí hasta el mágico círculo de luz de la hoguera; mientras caminaba, me di cuenta de que ella mantenía todo el tiempo su mano en mi hombro, como haría una madre con su hijo.

Durante una hora estuve esculpiendo el remo y conseguí terminar la parte inferior de una de las palas. Luego me sustituyó Keast, el copiloto británico, que continuó con mi trabajo sin mucho entusiasmo, a juzgar por la expresión que me pareció distinguir a la luz de las llamas.

Regresé a mi improvisada cama, pero me había quedado sin almohada, ya que el lugar se hallaba ocupado por una joven enfermera o comadrona y no quise despertar a la señorita, o señora, no es fácil decirlo en la oscuridad de la noche tropical.

Llegó el nuevo día. El hambre nos atormentaba aún más. La gente deambulaba por la playa tambaleándose, con el aspecto miserable de los prisioneros de un campo de concentración, irritables, mordisqueando raíces amargas y escupiendo las hebras que no podían tragar.

Para desayunar, bebí agua. Estaba tibia, como siempre, y no me apeteció hacer gárgaras con ella. Las mujeres estaban en la orilla,

haciendo sus abluciones matinales. Se peinaban y se miraban en un espejito. Muchas de ellas habían conseguido salvar sus bolsos, además de a ellas mismas. Pero no vi a ninguna empolvándose la nariz... Seguramente el agua del mar había echado a perder los maquillajes. Una de ellas se lamentaba:

—Qué horror... Tengo la regla y me he puesto perdida...

El hacha y el cuchillo no habían dejado de trabajar en toda la noche. Teniendo en cuenta las circunstancias en las que nos hallábamos, el resultado era bueno: habíamos hecho dos remos largos y una espadilla algo más corta. Los remos eran de tres metros de largo y la espadilla medía metro y medio. El hacha había quedado bastante mellada, y lo mismo podía decirse de los carpinteros.

Para la tripulación de la balsa se eligió al doctor Vanninen, a dos leñadores y al comandante Taylor. Éste contó que había nacido en Adén, donde sus padres vivieron como grandes señores en la época en que los británicos tenían allí una base aérea para garantizar la seguridad del Canal de Suez.

—Aprendí a nadar en Adén —dijo Taylor—. Mi padre era el comandante en jefe de la guarnición, a pesar de que tenía una pierna más corta que la otra. Siempre decía que resultaba muy útil para nadar, ya que cuando uno tiene una pierna más corta, eso ayuda a mantener la dirección.

Nos apresuramos a llevar la balsa al agua entre todos y le deseamos mucha suerte a la tripulación.

Los cuatro valientes se hicieron a la mar, hambrientos, pero remando acompasadamente y avanzando lentamente entre el oleaje.

Huelga decir que los corazones de los que nos quedamos en la playa estaban con ellos. Deseábamos ardientemente que el destino les fuese favorable o, en caso contrario, que al menos devolviese la balsa de goma a la playa, ya que era nuestra propiedad más valiosa.

La comadrona había elaborado una lista con los supervivientes en un pañuelito de papel que, milagrosamente, había logrado mantener seco. La lista era la siguiente:

- 14 enfermeras suecas
- 10 comadronas finlandesas
- 2 médicos noruegos
- 1 médico finlandés
- 1 piloto inglés
- 1 auxiliar de vuelo inglés
- 2 azafatas inglesas
- 2 copilotos ingleses
- 10 leñadores finlandeses
- 2 técnicos forestales finlandeses
- 2 ingenieros forestales finlandeses
- 1 periodista finlandés
- Total: 26 mujeres y 22 hombres, es decir, 48 personas.

O sea que dos de los pasajeros habían muerto. Los enfermos ascendían a siete, y yo era el octavo, a causa de mis costillas. Ya me sentía mejor, aunque el hambre me acosaba a todas horas.

La comadrona y yo nos quedamos contemplando la balsa que se balanceaba sobre las olas. Los remeros habían conseguido acercarse bastante a los arrecifes. La comadrona de pelo moreno dijo:

—Ojalá no les pase nada malo...

5

Todo el campamento escrutaba el mar con expectación. La balsa se detuvo y uno de los expedicionarios se puso en pie y comenzó a desvestirse. Luego se sumergió entre las olas, mientras que los demás se esforzaban en mantener la balsa en su lugar.

El buceador estuvo bajo el agua un rato y luego volvió a subir a la embarcación. Otro de los hombres se desnudó a su vez y se perdió de vista entre las olas. Esto duró un buen rato. La reverberación del mar nos quemaba los ojos.

Kristiansen, uno de los médicos noruegos, se puso a hablar con la comadrona.

—Hará unos seis años, cuando estaba en mi casa, allá en Narvik, hubo un campeonato de canoa en el fiordo. Éste es muy largo y profundo y nos quedamos a ver la competición desde una de las laderas de la montaña, más o menos a la misma distancia que estamos ahora. Había ocho equipos y casi treinta canoas en total. De repente, la que iba en cabeza se detuvo y las demás la adelantaron. El remero se puso en pie, se desnudó y se zambulló en las aguas del fiordo, y la canoa se quedó allí, flotando sola. El hombre permaneció tanto rato sumergido que la gente empezó a pensar que se había ahogado. Ya estaba a punto de salir la barca de salvamento, cuando el hombre volvió a aparecer; nadó hacia su canoa, se subió a ella y se puso a remar con energía. A la altura del punto de retorno ya había conseguido dar alcance a los últimos y aún apretó más el ritmo. Remaba completamente desnudo.

«Cuando ya casi estaban en la meta, cerca de la costa, iba ya el tercero. Si la distancia hubiese sido mayor, hubiese ganado, a pesar

de su inmersión en el agua. Todos corrimos al embarcadero y hasta había periodistas que le sacaban fotos. Nadie les hizo el menor caso al ganador ni al segundo. Y el tercero estaba tan contento que ni se acordó de vestirse y hasta se puso a correr en traje de Adán. Al día siguiente sacaron su foto en el periódico local y en uno de Oslo, desnudo en el embarcadero. Y cuando le preguntaron por qué se había lanzado al agua, dijo que en mitad del recorrido se le había caído el reloj y que había ido a recuperarlo. Y lo hizo, pero a una gran profundidad. El fiordo de Narvik es tan hondo que si el reloj hubiese llegado hasta el fondo lo habría perdido para siempre. Y añadió que si en lugar de un reloj de pulsera se hubiese tratado de uno de bolsillo, no se habría molestado. Los relojes de pulsera tardan el doble en hundirse a causa de las tiras de cuero».

De nuevo nos pusimos a mirar hacia el mar, donde continuaba la sesión de buceo. Todo parecía ir bien.

En la playa, mientras tanto, había estallado una pelea, ocasionada por la diferencia de opiniones sobre la lengua que debía hablarse oficialmente en la comunidad.

Quien había iniciado el conflicto era una enfermera sueca que, al parecer, estaba sumamente irritada por tener que estar todo el tiempo oyendo hablar en finés. Sostenía que no se podía obligar al grupo a oír hablar todo el día en esta lengua y, menos aún, a hablarla únicamente porque los finlandeses fueran mayoría. Lo mejor era hablar en sueco, noruego, o inglés.

Su actitud fue recibida con muestras de soberbia por parte de los leñadores finlandeses. Éstos declararon, lisa y llanamente, que si alguien se ponía a hablar sueco en esa playa más valdría que lo hiciera bien bajito para que los finlandeses no tuviesen que oírlos.

Reeves, el otro copiloto británico, apuntó que lo mejor era dejar el tema de las lenguas para mejor ocasión y que, en lugar de perder el tiempo en discusiones, mandaran a unos cuantos a la selva a buscar algo que comer.

La sugerencia fue recibida al principio con escaso entusiasmo, pero cuando la comadróna y yo la apoyamos y procedimos a

traducirla al sueco, enseguida se formó un equipo.

Los recolectores de víveres partieron hacia la selva y los que nos quedamos en la playa los exhortamos con hambrientas instrucciones.

Mientras tanto, la tripulación de la balsa había estado buceando. Finalmente, volvieron a vestirse y emprendieron el regreso. Al cabo de quince minutos, la embarcación llegó a la playa. Devorados por el hambre como estábamos, corrimos a su encuentro y la arrastramos orilla adentro para, acto seguido, abalanzarnos sobre la carga que transportaba: unos contenedores de plástico, un manojo de cables eléctricos y un asiento de avión.

Los cajones de plástico contenían raciones de comida y nos apresuramos a transportarlos a la playa. Eran veintitrés en total.

—Estos cajones nos van a salvar la vida, al menos por el momento —dijo Vanninen.

Decidimos abrir un tercio de los contenedores y enterrar el resto en la arena. Además de las raciones que íbamos a consumir sin más demora, reservamos unas cuantas para los que se habían ido a la selva.

Llenos de entusiasmo, encendimos de nuevo las casi extinguidas hogueras y abrimos nuestras raciones. Contenían pollo, verduras y patatas fritas, y como los contenedores eran herméticos, estaban en perfecto estado. ¡Con qué alegría nos comimos el pollo!

Parte del grupo comía lentamente, saboreando cada bocado, pero los otros, ansiosos e incapaces de disfrutar de la comida, devoraban la carne en grandes pedazos, de manera que en un santiamén se terminaron sus raciones. De repente, dos de las mujeres que habían terminado antes que los demás les arrebataron a sus vecinos unos muslos de pollo, huyeron a la selva con su presa y, acechando entre la vegetación como animales, devoraron su botín.

Fue como una señal. La gente perdió la compostura, las raciones que quedaban fueron a parar a las hambrientas bocas y se desencadenó una lucha a muerte por las sobras. Fueron momentos

dramáticos. Aún quedaba comida alrededor de la hoguera, pero las ansiosas manos, muchas a la vez, se esforzaban por conseguirla como fuese y al final el resultado fue que la comida no sólo fue a parar a donde no debía, sino que acabó rebozada en la arena, entre los pies de los contendientes. Echada a perder...

Yo me hice con las raciones que quedaban y corrí hacia la selva. Oí a Vanninen que gritaba colérico:

—¡Ni se os ocurra tocar los cajones que quedan!

Y luego lo repitió en sueco e inglés.

Me imaginé que la enloquecida tropa, en pleno furor hambriento, estaba intentando desenterrar los contenedores.

Me apoyé exhausto en el tronco de un árbol, con los brazos llenos de carne de pollo caliente, y sólo me espabilé al oír unas voces detrás de mí. Eran los miembros de la expedición que regresaban sudorosos de su viaje.

El grupo en pleno, que iba en fila india, se paró delante de mí. En tono inquisitivo y seco, me preguntaron de dónde había sacado aquellas delicias.

Les contesté que había salvado lo que había podido. Referí brevemente lo sucedido y le ofrecí el pollo rescatado al debilitado pelotón de exploradores. Me creyeron.

Atravesamos la espesura en dirección a la playa. Vanninen se encontraba en un aprieto tremendo, rodeado de una aterradora jauría, mujeres en su mayor parte.

Nuestra inesperada aparición tuvo un efecto radical y el motín se detuvo en seco.

El grupo de hombres y mujeres, que tan sólo hacía unos segundos se agitaba amenazante en torno a Vanninen, se disolvió de inmediato, todos en silencio y avergonzados. Algunos de ellos fueron a esconderse a la selva, pero otros se pusieron a defender obstinadamente su comportamiento. Vanninen dijo entre jadeos:

—Qué poco ha faltado...

Yo me quedé pensando que las buenas formas de los occidentales se habían relajado mucho, al menos en lo que se

refería a las costumbres en la mesa.

Y ahí quedó la cosa. Los avergonzados regresaron a la playa. Vanninen, la comadrona y yo repartimos lo que quedaba del pollo a la patrulla recién llegada. Aunque había estado rodando por la arena, el desastre no había sido tan grande como pensábamos.

La segunda tanda de exploradores comía con aspecto de cansancio, pero todos parecían estar bastante satisfechos con la expedición. Y no les faltaban motivos, ya que se las habían apañado para cazar más de diez sapos de buen tamaño, tres serpientes verdes, y además habían traído más de quince puñados de raíces y una buena cantidad de fruta. Un botín excelente, ¡sin lugar a dudas!

Tras el accidentado almuerzo, nos dispersamos para la siesta. Era ya mediodía y teníamos mucho sueño. Y así fue como por primera vez, y en aquel confín del mundo, todos pudimos dormir con la tripa llena.

6

Se me acaba de ocurrir que a lo mejor al lector le apetece enterarse de quiénes eran los miembros de nuestro grupo y qué hacían antes del accidente.

Tal como supe por el auxiliar antes de que cayésemos al mar, el avión en el que viajábamos había sido fletado por las Naciones Unidas para transportar carga y pasajeros. La Organización para la Agricultura y la Alimentación y la Organización Mundial de la Salud habían reclutado a un grupo de cooperantes escandinavos —los antes mencionados trabajadores forestales y el personal médico— para misiones de ayuda al desarrollo. Los primeros tenían el cometido de poner en marcha la tala organizada de bosques en las regiones del interior de la India, siendo su tarea específica la de formar a futuros profesores de trabajo forestal para la industria india de la pasta de madera. La misión debía durar un año.

El personal sanitario también iba destinado a la India y a su nuevo país vecino, Bangladesh. El plan era repartir a las enfermeras suecas por todo el subcontinente indio para que se ocupasen de la formación del personal sanitario, mientras que el cometido de las comadronas finlandesas sería encargarse de las tareas educativas sobre control de natalidad en Bangladesh. Por ese motivo, el avión llevaba a bordo unos cuantos millones de dispositivos intrauterinos de cobre, fabricados por Outokumpu, además de otros tantos millones de píldoras, para aquellas mujeres que se atreviesen a tomárselas y supiesen contar hasta treinta. Los médicos —Vanninen y dos noruegos— iban para dirigir a ambos grupos de mujeres. Vanninen debía asentarse en Bangladesh con uno de los noruegos

y el otro estaba destinado en algún lugar cercano a Calcuta. Estaba previsto que la misión sanitaria durase dos años. Así pues, el accidente del avión británico había sido una auténtica desgracia, dado que se traduciría en miles, si no millones de embarazos no deseados. Por no hablar de la industria maderera india: ¿perdería ésta competitividad internacional como consecuencia de aquel suceso?

El avión tenía que aterrizar primero en Australia y, tras cargar algo más de material, continuar su ruta, sobrevolando el océano Índico hasta Nueva Delhi. Yo me dirigía a Australia para realizar un reportaje sobre los mayores bebedores de cerveza del mundo y sobre el resto de los habitantes del joven continente.

Y luego estaba la tripulación británica, naturalmente. Según el comandante Taylor, al menos para él, el accidente sólo representaba un pequeño cambio de planes, ya que, en cualquier caso, había decidido tomarse un mes de vacaciones con su familia en alguna hermosa playa tropical en cuanto regresase a Londres. Taylor observó que iba a quedarse sin ver a los suyos y que, peor aún, ya podía irse olvidando de las comidas exóticas, del hotel de lujo y de las copas, por no hablar de los puros, que Taylor sólo fumaba estando de vacaciones, porque el tabaco reduce la capacidad pulmonar y eso no convenía a un piloto de Trident de renombre.

Por la tarde, tras el alborotado almuerzo, la comadrona morena vino a mí algo nerviosa. Cuando le pregunté por el motivo de su preocupación, me contestó que las enfermeras suecas le habían exigido que las exequias de las dos personas fallecidas en el accidente fuesen llevadas a cabo según el rito luterano. Los restos de ambas víctimas habían sido enterrados al día siguiente de la tragedia, a toda prisa y sin ceremonia alguna, y las suecas argumentaban que los difuntos debían recibir unas exequias más dignas.

Llamé a Vanninen y le expuse el problema, precisando que, en mi opinión, desenterrar los cadáveres y organizar los funerales iba a resultar una tarea de lo más pesada, además de grotesca. Añadí

que, a pesar de la intención, temía que la ceremonia no resultara muy piadosa.

Vanninen se fue a negociar con las suecas, que habían elegido como portavoz del grupo a una tal señora Sigurd, una mujer de unos cincuenta años, de voz chillona, que sólo sabía hablar sueco. Se trataba, por cierto, de la misma que con anterioridad había exigido que se prohibiese el finés en la comunidad, incluso a los mismos finlandeses.

Vanninen intentó explicarles que los cuerpos estarían ya en un estado de descomposición bastante avanzado y que desenterrarlos supondría un gran riesgo para la salud de la comunidad. Las suecas protestaron, objetando que un cuerpo no llegaba a descomponerse tanto en unos cuantos días y que, además, sería un pecado mucho más grave abandonar a los difuntos en tan indigno enterramiento que proporcionarles el bendito descanso que merecían, aunque estuviesen un poco deteriorados. Vanninen les dijo que normalmente eran los allegados y algún representante de la Iglesia quienes solían decidir sobre aquellas cosas, a lo que las suecas repusieron que su obligación era sustituir a los allegados, ya que las circunstancias no permitían ponerse en contacto con las respectivas familias.

Entonces intervino el leñador finlandés Lakkonen, que había trabajado unos cuantos años en la tala y arrastre en el norte de Suecia:

—Escúchame bien, cotorra. Para mí es mucho más importante conseguir papeo y escapar de esta isla del demonio que liarme a desenterrar difuntos. Si os apetece andar enterrando y desenterrando a la desgraciada esa que se comió el tiburón, me parece cojonudo. Pero a Mikkola no le toquéis ni un pelo.

La señora Sigurd se enfadó. Dijo que Lakkonen era un bestia, un profanador de tumbas, y añadió que no podía arrebatarle al difunto Mikkola su último y sagrado derecho a una ceremonia luterana amparándose en su fuerza física de macho finlandés.

Lakkonen también se soliviantó, y dijo que, al menos cuando partió de Japón, Mikkola era un comunista convencido y no pertenecía a Iglesia alguna, y que, en cualquier caso, el cadáver de Mikkola iba a quedarse donde los muchachos y él lo habían enterrado.

—Tía chalada, habría que tirarte al mar, a ver si se te enfrían un poco las neuronas...

Vanninen y yo le pedimos a Lakkonen que se marchase, no sin antes prometerle que el cuerpo del técnico no sería movido ni un centímetro.

Nos quedaba solventar el problema del entierro de la enfermera sueca. La señora Sigurd estaba más decidida que nunca a que su colega fuese enterrada de nuevo.

—De acuerdo —acepté—, pero ¿de dónde vamos a sacar un cura luterano? ¿No sería contrario a las normas eclesiásticas officiar una ceremonia funeraria sin tener la formación adecuada y sin estar ordenada?

La señora Sigurd rechazó los obstáculos jurídicos y teológicos por mí planteados, y me dijo con frialdad que ellas sabían cantar himnos en sueco y que, dadas las circunstancias, eso sería suficiente.

Me di cuenta de que aquel grotesco tira y afloja empezaba ya a hartar a la comadrona y a Vanninen. Éste propuso llegar a un compromiso para poder zanjar la cuestión de una vez por todas:

—¿Y si dejásemos que ustedes se ocupasen de las nuevas exequias de su compatriota...? Pero deberá hacerse esta misma noche y la nueva tumba tendrá que estar selva adentro y ser lo suficientemente profunda, porque hay razones de sobra para temer que un cuerpo en tan avanzado estado de descomposición pueda causarnos más de una enfermedad peligrosa. Y no vamos a aceptar bajo ningún concepto que se le haga ataúd alguno, ni que se la amortaje con chalecos salvavidas.

Refunfuñando un poco, la señora Sigurd se avino a las propuestas de Vanninen, e inmediatamente mandó a un grupito a

cavar la tumba.

Pero no había pala.

Desde lejos, vimos que el grupo de suecas estaba a punto de escindirse, ya que las enfermeras más jóvenes intentaban mantenerse al margen del fervor religioso de la señora Sigurd. Pero, con mano de hierro, ésta domeñó a las insumisas, obligándolas a regresar al piadoso rebaño.

La señora Sigurd fue a buscar la espadilla a la balsa salvavidas, le afiló la punta y luego puso rumbo a la selva, seguida de sus abochornadas compatriotas. Olsen, uno de los médicos noruegos, se acercó a Vanninen y dijo meneando la cabeza:

—Me temo que esta mujer nos va a traer más de un problema.

A medianoche, en el corazón de la selva, las jóvenes suecas, asediadas por los insectos, empezaron a cantar con sus sutiles voces melodiosas los salmos fúnebres alrededor de los restos mortales de su compatriota despedazada. Al pasar a nuestro lado, al caer la tarde, pudimos comprobar que la joven difunta que transportaban, tan bella en vida, desprendía un tufo capaz de tumbar al pocero más recio.

En realidad, preferiría guardar silencio sobre lo sucedido, tan descabellado me resulta aún. Lo que nunca podré olvidar es el olor asociado a aquel grotesco entierro, y que al pasar la comitiva junto a mi hoguera medio extinguida, uno de los brazos de la muerta, a la cual llevaban en unas improvisadas angarillas, cayó de repente al suelo. Instintivamente, me levanté para recoger el objeto caído, y cuál no sería mi sorpresa al ver que lo que sostenía en la mano no era otra cosa que el citado miembro, que de inmediato arrojé al suelo: no era más que una cosa apestosa y fláccida, hirviente de moscas. La señora Sigurd soltó su vara de la angarilla y, recogiendo rápidamente el brazo de la difunta, lo metió entre los demás restos. Fue tal la mirada asesina que me clavó, que desde aquel mismo instante supe que aquella mujer me odiaba.

Corrí hacia la orilla del mar para lavarme la mano y me la froté con arena, hasta que se me puso roja. En ese momento me di

cuenta de lo grosero que había sido. Sentía asco, pero no pude vomitar, y de haberlo hecho estoy seguro de que la señora Sigurd me hubiese despedazado y hubiese acabado haciéndoles compañía a Mikkola y a la difunta sueca.

Las cigarras cantaron aquella noche como todas las demás, sólo que no fueron las únicas: los apagados himnos suecos se mezclaban con su sonido y los que nos quedamos en la playa sin participar en el entierro apenas pudimos pegar ojo. Finalmente, la tumba fue rellenada al romper el alba y las fatigadas devotas regresaron al campamento. Aquel día, por primera vez, se levantaron entre nosotros las barreras de la religión y la nacionalidad.

7

A la mañana siguiente de los funerales suecos, un nuevo equipo partió para inspeccionar los restos del avión y logró recuperar los paquetes de comida que quedaban y un saco de leche en polvo empapado en agua. Gracias a un estricto racionamiento, nuestra falta de alimentos parecía resuelta, al menos para los tres o cuatro días siguientes. Así podríamos recuperarnos un poco y reflexionar sobre cómo abandonar aquel lugar dejado de la mano de Dios.

Organizamos cuatro grupos de varias personas para explorar los alrededores: dos se ocuparían de recorrer la costa en direcciones opuestas y los otros dos se internarían en la selva, uno con el cuchillo y el otro con el hacha. Acordamos que las patrullas avanzarían durante todo el día en la dirección asignada y regresarían al día siguiente.

La orden general era no exponer al grupo a ningún riesgo inútil. Su misión era simplemente recabar toda la información posible sobre el terreno y regresar sanos y salvos. Cada grupo estaba formado por tres hombres y una mujer. El grueso de la tropa se quedó en la playa para levantar un campamento provisional. Yo me encontraba entre los que se quedaban y debo decir que lo hice con gusto ya que aún me dolía el pecho.

No se puede decir que nos faltara el trabajo. Bajo el toldo de la improvisada enfermería yacían ocho heridos a los que atendíamos lo mejor que podíamos, dadas las circunstancias. Un par de muchachas tenían problemas intestinales, un leñador se había golpeado la cabeza y no podía levantarse debido a una clara conmoción cerebral, y luego había tres desgraciados con huesos

rotos; dos de ellos, una pierna y el tercero, un brazo. Sufrían muchos dolores y los entablillados hechos con material de los chalecos salvavidas les comprimían los miembros rotos y les hacían pasar un calor indecible. Los demás sólo tenían contusiones leves aquí y allá, sin mayores complicaciones. Ninguno de los heridos en el accidente se hallaba en peligro de muerte.

Sea como fuere, nos esforzábamos para cuidarlos, y no estábamos precisamente faltos de médicos ni de enfermeras, pero sí de material médico.

Recogimos una buena cantidad de leña en la selva y encendimos unas hogueras, con la esperanza de que algún piloto que sobrevolase el mar tropical las divisara y viniese a preguntarnos si podía sernos de ayuda. Pero no apareció nadie, a pesar de que las hogueras ardieron durante toda la noche.

Con los jirones de los chalecos salvavidas, levantamos unos cuantos toldos bajo los cuales nos resguardamos para dormir. Llovía de vez en cuando, y aunque el agua que caía del cielo era templada, a la larga resultaba desagradable; nada que ver con una ducha fresca en el baño de un hotel tras un día caluroso.

Absorbidos por nuestras actividades, el tiempo se nos pasó volando y nos sorprendió un poco cuando la primera patrulla regresó de la expedición, dos días después de su partida. Se trataba del grupo que había recorrido la línea de la costa hacia el este. Habían caminado durante dos días enteros y no habían visto nada digno de mención: la playa era muy ancha en algunos tramos, mientras que en otros la selva se extendía hasta la misma orilla del mar. Arrecifes y ensenadas, unos tras otros. Nada digno de mención.

El segundo grupo se había dirigido hacia el oeste, es decir, en la misma dirección por donde yo había estado vagando con anterioridad. Tampoco ellos habían encontrado ninguna señal de presencia humana, pero observaron que en aquella zona la selva era algo menos espesa y pensaron que tal vez allí crecieran cocoteros. Habían visto una tortuga marina de gran tamaño y

numerosas huellas dejadas por otros ejemplares. Esta noticia nos animó a todos de inmediato.

Una de las dos patrullas enviadas a la selva regresó esa misma madrugada. Traían consigo varias cargas de frutas exóticas y un par de jabatos recién nacidos. Con gran entusiasmo, nos contaron que habían intentado cazar una hembra de gran tamaño, pero sin resultados. A la jabalina, sin embargo, no le había quedado más remedio que huir, dejando a sus jabatos a merced de los cazadores sin escrúpulos. Ya se habían zampado uno y los otros dos los traían ya desollados, pues se trataba de la patrulla del cuchillo. Descuartizamos los jabatos y los devoramos en menos que canta un gallo. A cada uno de nosotros le tocaron unos gramos de carne que llevarse a la boca.

La última patrulla se estaba retrasando mucho y empezamos a temer que estuviera en dificultades. Nuestros temores no eran injustificados. En las profundidades de la selva se habían topado con una serpiente venenosa que había mordido en el pecho a un técnico forestal finlandés. El pobre hombre sufrió un fuerte envenenamiento y hubo que cuidarlo durante todo un día antes de que fuera capaz de recuperarse y regresar con ellos a la playa. Una joven enfermera sueca lo había sometido a mil y un tratamientos, puede que incluso algún que otro encantamiento, pero gracias a ella el hombre se había reanimado. La única información que el grupo había conseguido recabar era que la selva parecía no tener fin.

Así son las cosas en el trópico.

Yo les pregunté si habían visto piedras por el camino y me dijeron que el terreno era a ratos muy irregular. Había agua clara en la superficie pantanosa, pero debajo también había suelo duro, y entre ambos, una capa espesa y húmeda de turba negruzca. Seguro que encontraríamos piedras, si nos tomábamos la molestia de buscarlas.

Les respondí que la próxima vez que alguno de nosotros fuese a la selva, estaría bien que a la vuelta se trajese alguna piedra lisa de

buen tamaño para poder afilar el hacha y el cuchillo, que ya empezaban a embotarse.